

V

CODA

No todo recuerdo es memoria: tres textos y una caja con fotos

SAÚL SOSNOWSKI
University of Maryland, College Park

Comienzo con tres citas y cierro con un objeto. La primera cita es de “Funes el memorioso”, texto que Borges consideró “una larga metáfora del insomnio”: “Lo recuerdo (yo no tengo derecho a pronunciar ese verbo sagrado...)” (1944a: 131-43). Un insomnio, agrego, que no aporta lucidez. El accidente que lo deja tullido y postrado reitera lo inmóvil, la incapacidad de tamizar lo que se agolpaba en un basural de recuerdos inútiles. Imposibilitado de ejercer la razón —precisamente la facultad que prioriza los saberes y puede fijar los límites de los afectos o, por lo menos, de sus manifestaciones—, Ireneo Funes incorpora los matices de una hoja otoñal, por ejemplo, junto a la *Naturalis historia* de Plinio, citando precisamente del capítulo dedicado a la memoria. Ireneo recita en latín lo que se traduce como “lo que haya sido escuchado puede restituirse con las mismas palabras”. Recordar, puesto inicialmente como “verbo sagrado”, cede ante el peso del hacer

memoria, de poseerla, de ejercerla, de construir con ella y no solo de recitarla.

La segunda cita es: “Me acuerdo, no me acuerdo: ¿qué año era aquel?”. Con estas palabras comienza José Emilio Pacheco *Las batallas en el desierto* (1981: 9). Un texto breve que, partiendo de juegos escolares que incluyen los enfrentamientos entre árabes y judíos, entreteje las emociones de un amor juvenil con los límites fijados por la hipocresía y los hábitos de clases en pugna en el México de los años 1940 y 1950.

La tercera proviene de Leon Thorne, *It Will Yet Be Heard: A Polish Rabbi's Witness of the Shoah and Survival* (2019). Se trata de un agregado de fragmentos; es un texto escrito a retazos bajo las condiciones que el nazismo había impuesto en los guetos y en los campos de concentración. Las primeras palabras del título —“Aún [ya] se dejarán oír”— remiten al profeta Jeremías quien en tres ocasiones [Jr, VII, 34; XVI, 9 y XXV, 10] vaticinó la destrucción de Jerusalén y el exilio que Babilonia impuso en 586 AC; hecho simbolizado, entre otros aspectos, por el acallado júbilo de los novios durante la ceremonia nupcial. Más adelante, con esas mismas palabras [XXXIII, 11], Jeremías anticipó el retorno y la reconstrucción del reino a través de las voces de los amantes. Es en este sentido que se incorporó a esa misma ceremonia la fórmula “ya se dejarán oír en las colinas de Judea y en las afueras de Jerusalén la voz [el reiterado sustantivo *kol* dice de la voz, el canto, la expresión] de júbilo, la voz de la alegría, la voz del novio y la voz de la novia”. Como en el texto del profeta, el regocijo celebra la supervivencia; en este caso la resistencia ante el embate nazi y la continuidad en el deseado renacimiento. Voces que se alzan sobre las cenizas.

Sabemos que el arte es capaz de anticipar lo que el propio artista ignora. Seguimos leyendo a Kafka porque predijo la perversión del nazismo, que luego Borges encapsulara en “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” y porque no hemos dejado de subsistir en estado de corrupción. En clave local, aunque no solo argentina, leemos a Arlt para reconocer algo de lo que corroe a nuestras instituciones. Se escribe para saber, para entender, para documentar, para agitar a los complacientes, para olvidar menos, para rescatar a quienes siguen tapados porque no im-

portan, porque carecen de poder. Se lee por esas mismas razones y también para sentir. Primo Levi tenía razón: solo quien fue arrojado a la cámara de gas hubiera podido dar un testimonio fiel de su muerte. Pero ante esa imposibilidad, se impone la voz del sobreviviente. Es precisamente lo que se ha dado en los países que padecieron lo que quisiéramos considerar como las últimas dictaduras cívico-militares del Cono Sur. Tenemos los testimonios de los retornados de celdas y de exilios; las cicatrices en el cuerpo y en la nación; fosas desenterradas y placas que marcan de dónde se arrancaron vidas; denuncias y reclamos de justicia; pactos políticos y la claudicación de la ética. Y nada de esto ha cesado, ni en la literatura ni en las calles. No son solo quienes retornaron los que trazan su experiencia, son quienes las vivieron o leyeron de otro modo, quienes escriben porque solo así algo se filtra hacia quienes están cada vez más distantes, más en lo suyo, en su propio hoy. Y es comprensible que así sea para quienes vinieron después porque, podrían decir, no se puede vivir de nostalgias ni historias ajenas. Pero cabe responder que si no vivirlas, sí conocerlas en estado de saber: no hay ajenidad, la historia perdura inscrita en cada cuerpo; es el ADN de los legados, la herencia fraguada en otro tipo de legajo.

Para corroborarlo, apelo a muestras de ambas orillas del Río de la Plata: a las páginas de los uruguayos Mauricio Rosencof (1933) y Carlos Liscano (1949) que padecieron torturas, encierros y la sombra de la locura y que, a través de sus obras, siguen marcando pautas en democracia; y a las novelas de los argentinos Martín Kohan (1967) y Leopoldo Brizuela (1963-2019) que recuperan desde su presente las huellas de la represión y el legado de la violencia en toda relación, en las miradas que el espejo denuncia (o no)¹.

Hago un alto porque la conjunción de “afectos y violencia” requiere que señalemos un momento en la crítica literaria, en este modo de leer textos y otros artefactos. Contrasto el uso mismo de “afectos” con otros momentos: con aquel en el cual se insistía en “el texto dice”; con

1 Limitándome a una obra de cada autor, elijo: Mauricio Rosencof, *Las cartas que no llegaron* (2014); Carlos Liscano, *El furgón de los locos* (2001); Martín Kohan, *Dos veces junio* (2002); Leopoldo Brizuela, *Una misma noche* (2012).

otro en que bajo el deseo de aparecer más “científicos” se publicaban, leían y citaban análisis cuya impronta era fijar estructuras y mecanismos de enunciación; con el que había desplazado del discurso crítico toda noción de valor y juicio estético; con el que trata personajes literarios como si estuvieran en un diván iluminado por citas de Lacan. El ejercicio crítico, por más que se intentara deshacerlo, se inscribe en la instancia histórica de su enunciado. El bienvenido rigor que surgió de una mayor atención a la lingüística, al estructuralismo, a la semiótica y a la arquitectura de los textos, ha sido fundamental para que se descartara el facilismo impresionista y variedades no menos asépticas. Como siempre, y como todo, también ese rigor debe ser historizado. Se trata de una necesaria toma de conciencia en torno a lo que cada palabra dice, en torno a lo que calla cuando se recorta al tamaño de una página que desconoce los ruidos de la calle, los rumores de la historia, la no por todos deseada imposibilidad ética de actuar en el vacío.

En su introducción a *En clave emocional. Cultura y afecto en América Latina*, Ana Peluffo dice: “En los últimos años, los afectos y los sentimientos, relegados históricamente al campo de la psicología y la filosofía, parecen haber migrado hacia los estudios culturales y de género” (2016: 13). Bajo la rúbrica “Emociones que importan”, la introducción recorre “afecto” y “emoción” como términos intercambiables, traza someramente su uso en textos clave de diversas latitudes. Luego, mediante una sostenida bibliografía crítica, analiza e historiza, con una mayor atención al siglo XIX, varios “artefactos culturales” latinoamericanos. Menciono este texto porque creo que, habiendo asimilado pautas atravesadas por la crítica en décadas recientes, articula una óptica alternativa a textos clásicos. El título es significativo: son lecturas en *clave* emocional; un pentagrama que no desecha y no canoniza; una propuesta alternativa que lee y suma.

Toda moda es efímera y sabemos, por lo menos desde Borges, que es el momento histórico el que condiciona la lectura de la institución que denominamos “literatura”. En la fluidez de pasajeras modernidades, en tanto lectores y críticos ponemos nuestros peregrinos cuerpos entre las letras marcando escalas. En *El concepto de*

ficción, Juan José Saer (1937-2005) escribió: “Tiempo, espacio, carne, memoria, experiencia, muerte: todo esto, que es materia común a todos, en la situación del exilio cobra un sabor particular” (1997: 80). En su propia crónica de exilios y retornos, *Tununa Mercado* (1939) compartió sentimientos y desafectos, entregas y rechazos en un libro que fija su lugar en el mundo: *En estado de memoria* (2008). Sirvió como título para una novela/ensayo confesional, sigue siendo el estado necesario para poner en diálogo los afectos y todas las máscaras de la violencia.

El objeto, con el que cierro estas páginas a modo de coda, es una caja de madera oscura; está tallada, tiene incrustaciones y grabados. Alberga los recuerdos de una familia bajo lo que había sido un remanente del imperio austrohúngaro que tras la Primera Guerra Mundial dejó de ser. Las fotos están desordenadas, un modo de decir que quien las revisa mezcla latitudes, traslados, migraciones; se prestan a este presente, a todo presente en el cual con solo mirarlas alguien las rescata del silencio.

Más allá de lo singular de esta caja —única para quien reconoce y se reconoce en las imágenes sepia— abrirla es hacer un alto en el camino de tantos peregrinajes. Las citas mencionadas al comienzo, si bien puntuales, se hacen eco de tradiciones milenarias. El recuerdo, el ejercicio de la memoria, es una constante en los anales de la historia y en textos canónicos, y no solo un motivo literario frecuentado a lo largo de los siglos. El énfasis, sin embargo, está dado en un mandato: ante la práctica del olvido, ante la mentira y la historia adulterada, quien recupera la memoria está obligado a actuar a partir de lo que esta exige. Reacción a los afectos; la respuesta que la violencia impone para que cese, para que siquiera la ilusión de esa posibilidad no sea encajonada*.

*Posdata: Desde que redacté estas páginas para el encuentro sobre “Afectos y violencia en la cultura latinoamericana” que tuvo lugar en la Universidad de Utrecht los días 5 y 6 de diciembre de 2019, publiqué las novelas *Decir Berlín, decir Buenos Aires* (Paradiso, 2020) y *El país que ahora llamaban suyo* (Paradiso, 2021). Ecos de lo allí dicho no le son ajenos.

Bibliografía

BORGES, Jorge Luis (1944a): “Funes el memorioso”, en *Ficciones*. Buenos Aires: Sur, pp. 131-143.

— (1944b): “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, en *Ficciones*. Buenos Aires: Sur, pp. 11-37.

BRIZUELA, Leopoldo (2012): *Una misma noche*. Buenos Aires: Alfabeta.

KOHAN, Martín (2002): *Dos veces junio*. Buenos Aires: Debolsillo.

LISCANO, Carlos (2018 [2001]): *El furgón de los locos*. Montevideo: Planeta.

MERCADO, Tununa (2008): *En estado de memoria*. Buenos Aires: Seix Barral.

PACHECO, José Emilio (1981): *Las batallas en el desierto*. Ciudad de México: Era.

PELUFFO, Ana (2016): *En clave emocional. Cultura y afecto en América Latina*. Buenos Aires: Prometeo.

ROSENCOF, Mauricio (2014): *Las cartas que no llegaron*. Alcalá la Real: Alcalá.

SAER, Juan José (1997): *El concepto de ficción*. Buenos Aires: Ariel.

THORNE, Leon (2019): *It Will yet Be Heard. A Polish Rabbi's Witness of the Shoah and Survival*. New Brunswick: Rutgers University.